

## Retrato de Ricardo Zelarayán

POR WASHINGTON CUCURTO

A RICARDO ZELARAYÁN LO CONOCÍ EN EL BAR LA GIRALDA, en la Avenida Corrientes. Estuve frente a él con una mesa de por medio, entre el bullicioso escándalo de las voces porteñas de aquel bar, frecuentado por el linaje más extraño de Buenos Aires: bellísimas estudiantes de psicología, editores quebrados, cineastas que filmaban en la calle, redactores de famosas revistas de los setenta devenidos empleados públicos, borrachos, *dealers*; otros, como yo, lectores de saldos, fanatizados por Piglia y deseantes de autores desconocidos para leer. Por supuesto, los más raros eran los mozos. Es difícil pintar con palabras a los mozos de La Giralda. En apariencia no difieren mucho de sus compañeros del gremio, pero cuando uno los conoce, cuando entabla diálogo con ellos, es como pedirle un café a Salinger. Es como si el controvertido Philip K. Dick te trajera una medialuna de otra galaxia. Incluso hay uno que es idéntico a Carver, borrachísimo siempre, más alto que un olmo, con facha de leñador.

Aquella tarde inolvidable estábamos con Martín Carmona, cineasta, esperando a Ricardo para grabarlo leyendo un poema. Yo estaba con sus dos libritos de ediciones semicaseras en mis manos, *La piel de caballo* y *La obsesión del espacio*. Una excelente novela y un aun más excelente libro de poemas. Hoy, casi veinte años después, pienso lo mucho que tenía que ver ese bar, ese sucucho de mala muerte, con la obra y la vida de Ricardo Zelarayán. Él tenía tanto que compartir con esos seres marginales. ¡Es que a los 80 años mi amigo Ricardo es un marginal absoluto! Jamás transó con ningún suplemento cultural y siempre detestó a los publicitarios de la literatura y la burguesía cultural. Rechazó con violencia los reportajes y los comentarios a su obra, mínima pero contundente, como pocas en nuestro idioma. El Zela, como lo llamamos sus amigos más jóvenes, es un completo ingobernable, amante de la poesía de Juan L. Ortiz, admirador acérrimo del primer Perón y peronista declarado a cualquier costo. Pese a todas estas cualidades, buenas o malas, no sé, lo mejor de él es su amor por el norte argentino, donde se crió y vivió su juventud. Toda su obra gira en torno a un solo satélite: el criollismo de esa zona.

Basta leer *La piel de caballo* o su novela inconclusa *Lata peinada* (un coral de voces, como él la define) para saber que un puñado de personajes del norte nos cuentan otro mundo, nos dan la versión de una Buenos Aires indeseable. Son los salteños, los tucumanos, los jujeños traviesos y borrachines, los coyas, los nietitos de chaguanchos los que nos hablan en sus libros de sus aventuras, en su rol de “cabecitas negras en Buenos Aires”. Son voces imperdibles por lo divertidas y cruentas a la vez.

Ahora que lo pienso, Ricardo es un frecuentador de bares. Jamás tuvo una pieza para escribir, ni un escritorio; ha escrito su obra a salto de mata. Y recién ahora me doy cuenta de la importancia que han tenido los bares en nuestra amistad. Siempre nos hemos encontrado en bares: El Estañó, La Giralda, el barcito peruca de la calle Sarmiento, La Academia. Ricardo iba todos los sábados a las once de la mañana a El Estañó (Corrientes y Talcahuano) ¡Cuántas veces me escapé de mi trabajo para irme a tomar un cafecito con él! Al repasar su historial me llenaba de anécdotas con sus amigos de los años setenta, hoy todos escritores famosos. Junto al Negro Lamborghini, Germán García, Luis Gusmán y el actor Lorenzo Quinteros crearon la revista *Literal*, de la cual fue expulsado, según él, porque todos se confabularon en su contra. Y así, me hablaba horas de su gran novela inconclusa, de sus libros de poemas perdidos en las más de veinte mudanzas que tuvo en Buenos Aires. Y al final me preguntaba, con una dulzura única: ¿y vos, qué estás escribiendo? Me trataba

*De pronto escucho un grito desde un departamento: ¡agárrenme, que lo matooooo! Y es como si La piel de caballo, esa novelita pequeña y rulfiana de Ricardo Zelarayán, comenzara de nuevo, como si se volvieran a encender las luces de esa Buenos Aires de cabecitas negras, vino, cumbia y sexo inventada en aquellas páginas.*

como a un par. Ése es el gran don de Ricardo: trata a todos de igual manera, con mucho respeto y gran afecto. ¡Pero síntese, muchacho!, le oí decirles a muchos extraños. Y, de esta forma, Ricardo se iba llenando de amigos, perfectos extraños, compañeros del café, jóvenes que oían su nombre en extrañas reuniones. ¿Usted es Zelarayán? (así pronunciado, con doble erre, error que cometemos todos al decir su apellido). Y Ricardo se ponía violento y corregía: ¡no señor, Ze-la-ra-yán, con una erre! Y ahí se soltaba a contar la historia alucinante de su apellido, que se las dejo para otra vez.

Hace poco salió un diccionario de la literatura argentina, ese tipo de diccionarios editados por profesores sesudos, gente que ha pasado su vida estudiando, gente con autoridad. En este diccionario, caramente editado, hay un capítulo dedicado a Ricardo. Al verlo me emocioné, me acordé de sus personajes, del Jeta de Bagre, del morochito tucumano, del mecanicote Sorongo, que fajaba a su mujer, la musa proleta, la Alcirita, “que te besa la puntita colorada”. ¡Habrás visto a estos grones en el centro de la cultura!

Por un segundo recordé, volví al clima de *La piel de caballo*, a sus barrios, a esa Buenos Aires de pensiones y provincianos casi desconocida para mí. Entonces, ¿saben qué hice? Me tomé un bondi hasta el barrio que está detrás del Once, donde transcurre la novela, por la calle México, la calle Urquiza, y caminé acordándome de todo, sintiéndome tan feliz, imaginándome que me encontraba con el Jeta de Bagre (su personaje principal) recién salido de una comisaría.

De pronto escucho un grito desde un departamento: ¡agárrenme, que lo matooooo! Y es como si esta novelita pequeña y rulfiana comenzara de nuevo, como si se volvieran a encender las luces de esa Buenos Aires de cabecitas negras, vino, cumbia y sexo inventada por Ricardo. Es como si Buenos Aires volviera a nacer. Y yo, un negro descorazonado, como bien dice mi madre, me largo a llorar sin motivos (o tal vez con todos los motivos del mundo), porque tengo que cerrar ese libro otra vez, por milésima

vez, y en eso se me acerca una señorita que me ve llorando y nos vamos a tomar un café.

¿Qué más puedo contarles de Ricardo sin caer en lo personal? Muy poco, casi nada. Que me llama seguido para que lo vaya a visitar; que tiene infinidad de problemas de salud y económicos; que no tengo tiempo, con esa cartonera y mis dos críos, de visitarlo nunca y me lo saca en cara. ■ UDP

